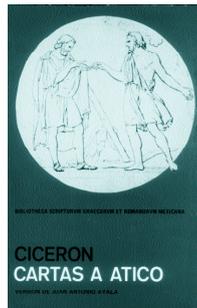


Cartas a Ático

de Marco Tulio Cicerón

Hugo Hiriart



Ara Pacis, siglo I a. C.

Los libros de historia suelen proporcionarnos la articulación y desenvolvimiento de las acciones públicas: los grandes héroes de bronce, a caballo, gesticulando en la tribuna, en la plaza, en el campo de batalla. Pero la vida pública nunca agota la realidad del humano. Queda el sosegado mundo íntimo, lejos de la contienda y la gritería. Las cartas de Cicerón nos permiten, en primer lugar, penetrar en el mundo privado de una época, y qué época monumental: el fin de la República y el nacimiento del Imperio Romano, tiempos inquietos, con protagonistas gigantescos y paradigmáticos como César, Pompeyo, Bruto, Cleopatra o Cicerón mismo. Aquí está Cicerón sin engolamiento, sin pose teatral, lejos de los aplausos o abucheos del foro y del senado, remansado; y su figura de escritor, en esa intimidad, en esa apacibilidad de huerto, crece y, en

sus tratados filosóficos, en sus diálogos, y también lo que nos ocupa, en sus cartas, aparece el autor de quien, nada menos que Menéndez y Pelayo (que lo tradujo admirablemente) dice “es el primer prosista de la tierra y a la vez uno de los escritores más agradables y a quienes se toma más cariño”.

Agradable, simpático, claro, sencillo, cordial, como Stevenson o Chesterton, eso es Cicerón en sus escritos, lo que de seguro no fue en su oratoria, ni en su vida pública (se adivinan en él ráfagas de incontrolable vanidad). Así, en los *Diálogos del orador* prescribe sanamente que el orador no se aparte nunca del sentido común ni del modo usual de hablar.

Leer las *Cartas a Ático*, libro que nos ocupa, equivale a aproximarnos sin ser vistos a los dos amigos para oírlos conversar animadamente. Cosa difícil, si de algo da muestras

reiteradas Cicerón en estas cartas es de su temor de que algunos ojos, que no sean los de Ático, puedan violar el contenido de las cartas. Cosa que nosotros, muy contentos, nos disponemos a hacer ahora al abrir los tres tomos de la edición de la UNAM, traducida, labor benemérita, por Juan Antonio Ayala.

Desconfianza minuciosa:

...he retrasado la respuesta (a tu carta) porque no he encontrado un correo digno de confianza. Hay muy pocos que puedan llevar una carta sin leerla, para aligerarse del peso.

En las cartas abundan quejas de esta clase.

Supongamos por un momento un mundo sin periódicos ni radio ni televisión, con qué ansias en ese caso esperaríamos las cartas de nuestros amigos. Toda nuestra información estaría desesperadamente subor-

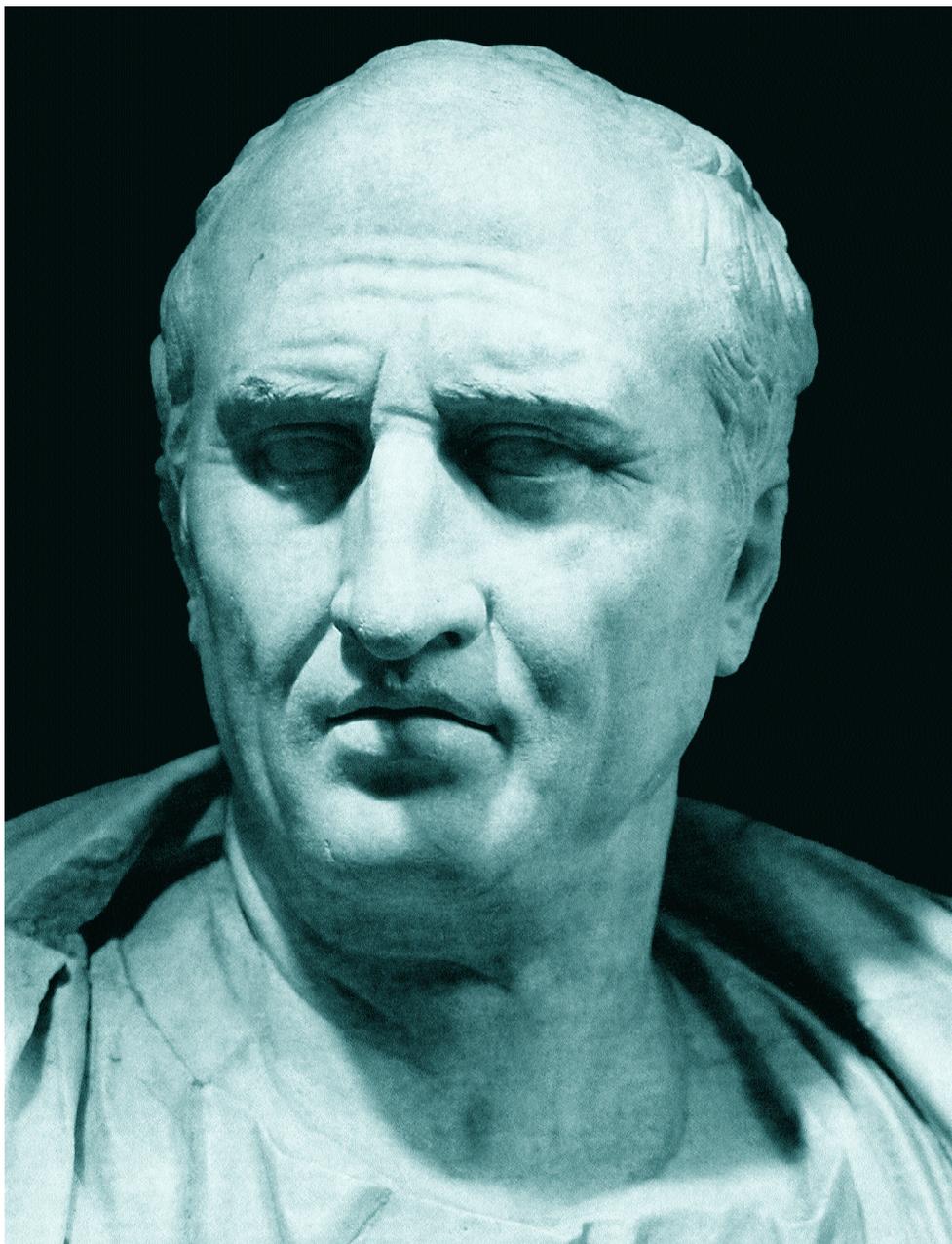
dinada a ellas. Gracias a esa deficiencia es posible reconstruir y hacer perdurar tantas vidas pasadas. Y el pasado en general, como puede apreciarse en el sabor a pagano y romano que tienen trozos como éste, que figura al final de una carta a Ático:

no tengo más que decirte y, por Hércules, te estoy escribiendo bastante alterado. Pues mi lector Sositeo, un encantador muchacho, ha muerto y la muerte de un esclavo me ha alterado más de lo que debiera. Quisiera que me escribieras con mayor frecuencia. Y si no tienes nada que decirme, escríbeme lo que se te ocurra.

Esto último se parece a aquello que p uso Tito Monterroso en un cuadernito que colgaba dentro de su coche: “escribe lo que quieras y si no se te ocurre nada, escribe un pensamiento”.

Fue Pomponio Ático, financiero, rico, apacible, refinado, secuaz en la grey de Epicuro y, como prescribe esa filosofía, alejado de las convulsiones de la vida pública. También la filosofía taoísta de Chuang Tze aconsejaba con energía mantenerse alejado de las tentaciones de la plaza pública. Este Ático fue no sólo el mejor amigo de Cicerón sino hasta su pariente político, puesto que Quinto, hermano de Cicerón, casó con Pomponia, hermana de Ático. La unión fue, al parecer, desastrosa, pero esta desdicha no afectó en nada la amistad que unía a Marco Tulio con Pomponio.

Cicerón sentía verdadera devoción por la amistad, con razón: es la mayor alegría que ha sido deparada al humano; pero sentía al mismo tiempo, aunque no lo confesara, desbordada pasión por la política. No es fácil, antes es muy difícil, hallar honda y bien fundada amistad entre políticos. Por eso, el mejor amigo de Cicerón no fue, de ningún modo, un político, fue como dije, un acaudalado y tranquilo *connaissanceur* de arte que pasaba largas temporadas en Grecia, de ahí tantas cartas, y de ahí que con



Marco Tulio Cicerón, 106-43 a. C.

mucha frecuencia el amigo surtiera a Cicerón de mármoles comprados allá, dado que la sed de posesión de arte griego del orador era ansiosa e interminable.

Cicerón teorizó sobre la amistad, siguiendo en parte los tratados que sobre el particular escribió Aristóteles (y que mi maestro Gaos sostenía que no habían sido superados ni en la antigüedad ni en nuestros días), en un diálogo de deliciosa lectura que dedicó justamente a su amigo Ático.

Y, bueno, ya es hora. Me despediré al modo de Cicerón:

adiós (en latín, *valde*). Por favor quisiera que me escribieras sobre los gladiadores, pero sólo si se están conduciendo bien; si no, no quiero saber nada. Cuídate. **U**

Marco Tulio Cicerón, *Cartas a Ático*, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México, 1976, 202 + cxxxii p.p.

Cicerón sentía verdadera devoción por la amistad, con razón: es la mayor alegría que ha sido deparada al humano...